

contado que, habiéndolo expuesto al azar del juego, lo perdió en un santiamén. Esto le obligó á tomar otro y otros, aguijoneado más que nunca por el afán de una inmediata restitución; pero como todos se iban quedando en el garito, se veía fatalmente impulsado á continuar la misma práctica y á seguir sustrayendo nuevos y nuevos fondos, de los cuantiosos que habían sido encomendados á su honradez. La gran confianza que le dispensaban sus principales, había facilitado la realización de aquel abuso, pues aunque se habían practicado algunos arqueos en el sótano después de la fecha en que había comenzado á apoderarse de los fondos de la compañía, no se había echado de ver el desfalco, porque los inspectores, según su costumbre, se habían contentado con sumar las cifras marcadas en las fajillas de los billetes, con estudiar bien la cartera, y con contar el numerario.

No obstante, como Rafael no había robado nunca, como había recibido cristiana educación, y como respetaba en el fondo á su bondadoso padre, por más que fuese ingrato con él, no había tenido momento de reposo desde el punto y hora en que se había apropiado el primer billete. No comía casi, pasaba las noches en vela, y se hallaba en tal estado de excitación, que parecía un febricitante. Para calmar los

nervios y olvidar aquellas angustias, había recurrido á otros vicios: bebía con exceso, trasnochaba y buscaba en los brazos de las mujeres perdidas, una felicidad y un reposo que nada podía proporcionarle. Así fué engolfándose, sin saber cómo, en una situación tan tétrica, que, para vislumbrar alguna esperanza, necesitaba levantar mucho los ojos, como quien está en el fondo de un pozo.

III

Mientras don Joaquín lleno de júbilo aguardaba en pie á su hijo hasta la media noche, afanoso por darle la plausible noticia de haber recibido el dinero del Banco; en todo pensaba Rafael, menos en volver á su casa.

Había pasado el día cavilando y diciéndose á sí mismo que aquella situación no podía prolongarse. Debía ya miles de pesos á la caja, y un día ú otro sería descubierto el desfalco. Le aguardaban la vergüenza, la cárcel, la deshonra. Cuanto había en él de digno todavía, protestaba contra aquel desenlace, y con toda la energía de que era capaz, juraba que había de evitarlo. ¿Cómo? Con emoción formada de rabia y de terror, lo sabía ya.

Al caer la tarde, cansado de tanto devanarse los sesos, salió del almacén, so pretexto de traer entre manos un urgente negocio de familia, y cuidando antes de tomar el sombrero, de abrir la caja y de coger algunos nuevos mazos de billetes.

Al llegar la hora en que se abría la sala de juego, se dirigió al casino, y sin más preámbulo, tomó asiento ante la mesa. Pidió de beber para dominar la emoción, y procuró manifestarse decididamente contento; pero no logró embriagarse del todo, porque era tal la fuerza de sus reflexiones, que no había cadena capaz de sujetarla. Y fué apostando billete tras billete, y los fué perdiendo todos; y en cada uno de ellos ponía todas sus esperanzas, y todas le salieron fallidas.

Y lleno de congoja, oraba á Dios en su interior, diciéndole:

—Señor, protégeme; haz que recobre cuanto he perdido, para restituirlo á las cajas que custodio, para no perder la honra, para no matar de vergüenza á mi padre. Y no volveré á jugar, y me tornaré bueno.

Pero Dios no oyó sus votos. La suerte continuó volviéndole las espaldas, y en fuga desesperada fueron pasando todos sus fondos á poder del monterero.

Sería la una de la mañana cuando lívido, estenuado y medio loco, salió del casino con paso vacilante.

Se había dejado en el bolsillo un último billete de cien pesos.

Por costumbre y casi maquinalmente, se dirigió á la casa de Antonia. Era Antonia una alegre muchacha con quien se había ligado en los últimos tiempos. Costurera sencilla y candorosa, no había sabido resistir á la seducción de Rafael; y éste, con parte del dinero robado, la había instalado en casa lujosa, le había regalado trajes elegantes y le había dado mucho dinero. Y ella, la infeliz, estaba en la embriaguez de su primer cariño, aunque impuro, y de su primer bienestar, aunque adquirido á tanta costa. Y Rafael sin saberlo, la quería también un poco.

La joven, que solía aguardarle hasta la madrugada, estaba todavía en pie cuando llegó Rafael.

—Vamos, la dijo éste al entrar, estoy de buen humor y tengo antojo de cenar bien.

—Me encuentras desprevenida, contestó Antonia, y, además, está dormida la criada.

—Pues vamos al restaurant.

—Tan tarde? objetó la joven.

—Para el dinero no hay horas, dijo Rafael. Pagando bien la cena, nos la servirán en cualquier parte.

—Como quieras, dijo Antonia con docen-

lidad, poniéndose el sombrero y el abrigo.

Llegados al restaurant, pidió Rafael una cena riquísima, y vinos de los más caros; y comió y bebió con verdadero furor, como si hubiese tenido hambre y sed de dos ó tres días. Pero por más esfuerzos que hizo, no logró ponerse jubiloso.

Al fin vino el champaña. Rafael se bebió casi solo una botella, entretanto que la joven le contemplaba con asombro mezclado de alarma.

Y levantando Rafael la copa llena del hirviente licor, dijo:

—Antonia, brindo por ti; por tu belleza, por tu gracia, por tu dulzura. Ha sido una dicha para mí haberte encontrado en mi camino, porque has hecho brotar en él algunas flores, las únicas que han embalsamado mi vida en estos últimos tiempos. Pero tú que eras pura cuando te conocí, y que tenías ante tí el porvenir dulce y dichoso de la mujer honrada, no puedes bendecir el día en que me conociste.

Al pronunciar estas palabras, flaqueó la voz del joven.

—¿Qué tienes? interrumpió Antonia. ¿Qué te pasa? Algo extraño hay en ti. En todo lo advierto, y más que verlo, lo adivino.

—Tengo remordimientos, murmuró el joven con amargura.

—No te aflijas, repuso la joven, ya sabes lo que te quiero.

—No me digas que me quieres, dime que me perdonas.

—No, eso nunca, porque sería rebajarte.

—Necesito que me des tu perdón.

—Mi perdón no, mi cariño sí.

—Antonia, esta es nuestra cena de despedida.

—¿Por qué, Rafael?

—Porque voy á emprender un largo viaje.

—¿Te vas? Pues no me separo de tí; llevame contigo.

—No puedo, tengo que ir solo; el deber me lo ordena.

—Pero ¿á dónde?

—Muy lejos.

—¿A dónde?

—Más allá de los mares.

—¿Y volverás pronto?

—¡Quién sabe! Pero antes de partir, necesito que me perdones.

—Ya te dije que no tengo qué perdonarte.

—¿Me lo rehusas?

—Sí; ven á mis brazos.

—No, á tus plantas. Te besaré los pies para que me perdones.

—¿Qué es eso, Rafael? Vamos, levántate.

Y la joven pugnaba por levantar á su amante, y por ocultar bajo la falda los pies que él buscaba con los labios.

—No, repuso Rafael con firmeza, no me levantaré hasta que me hayas perdonado.

Antonia vaciló todavía; pero viendo que no había otro medio de salir del paso, murmuró:

—Te perdono, Rafael; con todo el corazón te perdono.

El joven se echó á llorar, y le besó las manos con reconocimiento.

IV

Comenzaba á clarear la mañana, cuando Rafael dando tumbos de beodo, entró en su habitación. No hacía largo rato que don Joaquín se había quedado dormido. Cansado de esperar, se había metido en la cama, proponiéndose despertar al menor ruido para hablar con su hijo y darle la buena noticia.

Rafael entró en su habitación con el mayor sigilo, escribió unas líneas que metió en una cubierta y dejó sobre la papelera, puso el revólver sobre el buró y se metió en el lecho.

En aquellos momentos sonaron fuertes golpes en la puerta de la accesoria. Don Joaquín despertó en el acto, y creyendo que los daba Rafael, y se apresuró á abrir la puerta.

Era Antonia que acudía jadeante.

—¿Es ésta la habitación de Rafael Bermúdez? preguntó.

—Sí, repuso don Joaquín atónito. ¿Qué se ofrece?

—Quiero ver á su padre. Es urgente.

—Servidor de usted.

—Señor, prosiguió la joven con suma rapidez y casi sollozando, señor, es preciso vigilar á Rafael, se lo vengo á decir á usted.

—¿Por qué? interrogó el pobre anciano perdiendo el color.

—Porque medita algo terrible.

—¿Contra quién?

—Contra él mismo.

El anciano sintió que se le extraviaban las ideas, y siguió preguntando maquinalmente.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo he adivinado por lo que me ha dicho.

—¿Dónde lo vió usted?

Vivo rubor enardeció las mejillas de la joven.

—No me lo pregunte usted, repuso. Vuele usted á donde está Rafael.

—No ha venido todavía.

—Aquí está, repuso Antonia con exaltación y empujando la puerta para entrar en la accesoria. Le he venido siguiendo; acaba de entrar. Vamos.

Y cogió por la mano á don Joaquín, dirigiéndose al interior de las habitaciones.

En aquel momento se oyó una detonación sorda y ahogada en el fondo de la vivienda.

El anciano y la joven se pararon petrificados. Sus manos, que estaban unidas, se helaron súbitamente.

Antonia fué la primera en sacudir el estupor. Corrió al sitio donde se había oído la detonación. Halló la puerta cerrada; pero era vieja y sólo estaba asegurada con picaporte por la parte de adentro. La abrió con violencia, y entró. Estaba el cuarto lleno de humo y olía fuertemente á pólvora. Corrió al lecho, y vió á Rafael agitado por las últimas convulsiones de la agonía, boca arriba y con la cabeza sobre las almohadas. Su diestra convulsa, que se movía sobre el pecho, tenía asida una pistola todavía humeante. Por la parte superior del cráneo, manaba un mar de sangre negruzca y espesa.

V

Serían las diez de la mañana cuando don Joaquín, que había sufrido una serie de vértigos y accesos nerviosos, se

sintió con alguna fuerza para volver al cuarto de su hijo. No hubo fuerza capaz de estorbarle el paso. Quería verle por la última vez, quería darle su postrema despedida. Entró arrastrando los pies como un decrepito; había acabado de envejecer en unas cuantas horas.

El joven suicida yacía en su lecho, limpio, afeitado y lujosamente vestido. Píadosas manos le habían envuelto la cabeza con un vendaje negro, y le habían atado las manos, poniendo un crucifijo entre sus dedos crispados.

Don Joaquín cayó sobre el cadáver como cuerpo inerte.

—¡Hijo! ¡hijo mío! gritaba. ¿Por qué lo hiciste? ¿Cómo fué eso? No tenías por qué. ¡Yo te quería tanto! Eras mi única esperanza. No puedo vivir sin tí. ¿Por qué has sido tan ingrato? ¿Por qué has desafiado á Dios? El te perdonará, sí, te perdonará. ¡Perdónalo, Dios mío!

Diciendo esto, echó una mirada en torno, como buscando la causa de la terrible determinación de Rafael, como interrogando á los muros, á los muebles, á todas aquellas cosas inanimadas, sobre los antecedentes de tan espantoso misterio; y sus ojos tropezaron con la carta que el joven había dejado sobre la papelera. Tomó el pliego y lo rompió.

Y á través del velo de sus lágrimas, leyó lo siguiente:

“Padre:

“He manchado tu nombre. Robé siete mil ochocientos cincuenta pesos de las cajas del almacén. Conozco mi delito, y me aplico la pena que merezco: por eso me mato. Perdóname.

RAFAEL.”

Don Joaquín sintió el aguijón de la deshonra más fiero y punzante que el del dolor. Pareció que alguna mano misteriosa había tocado un oculto resorte de su organismo. Se irguió cuan alto era, cesó de temblar, se secaron sus lágrimas, y una expresión de severidad inusitada, casi de fiereza, contrajo sus marchitas facciones.

Y rechazando el auxilio y la solicitud de cuantos le rodeaban, entró en su cuarto, tomó su sombrero y se lanzó á la calle.

Cuando llegó al almacén de “Los Puertos Unidos,” encontró el establecimiento en gran alarma y confusión. Acababa de saberse el suicidio de Rafael, y tanto los principales como los dependientes estaban hondamente consternados.

Gran sorpresa causó la presencia de don Joaquín, á quien se creía anonadado

por el golpe. Todos, al verle, le dieron testimonio de simpatía y de respeto, en tanto que él respondía con sequedad y brevemente á las frases que le iban dirigidas, y se dirigía en busca del gerente.

—Me tiene usted á sus órdenes, dijo este al introducirle en el despacho, creyendo que el anciano acudía en solicitud de algún auxilio. Fué un excelente empleado el hijo de usted. Reciba usted nuestro pésame más sentido. Estamos dispuestos á cumplir nuestro deber; disponga usted de nosotros.

—No es eso, señor, repuso don Joaquín. Hágame usted el favor de cerrar esa puerta; quiero hablar á solas con usted.

Hecho esto, y respondiendo á las miradas interrogadoras y atónitas del jefe, continuó don Joaquín:

—Mi hijo ha robado la caja.

—No, señor.

—Sí, señor, por eso se ha matado.

El gerente estupefacto, no hizo más que ver á don Joaquín con ojos alelados.

—Aquí tiene usted la prueba, prosiguió el anciano entregando á su interlocutor con mano trémula la carta de Rafael.

El gerente al pasar los ojos por ella, cambió de color y expresó en la contracción de sus facciones la lucha que la indignación, la piedad y la sorpresa se estaban librando en su ánimo.

—¡Nunca lo hubiera creído! exclamó.
—Menos yo, señor, repuso el anciano anonadado y limpiándose los ojos con el pañuelo.

—¿Me permite usted conservar esta carta? prosiguió el principal.

—No, señor, contestó don Joaquín.

—La necesito, prosiguió el jefe.

—¿Para qué?

—Para entregarla á la justicia. Debe hacerse una investigación.

—Precisamente á eso he venido, á evitar la publicidad, á evitar el escándalo. Quiero defender la honra de mi pobre hijo. Ayer he recibido seis mil pesos en el Banco. Aquí los tiene usted. Cubren la mayor parte del desfaldo.

Y el anciano sacó de los bolsillos de su redingote, los seis mazos de billetes que no hacía veintecuarto horas le habían sido entregados. En ellos había puesto todas sus ilusiones, toda su esperanza. Al entregarlos se condenaba al trabajo inexorable, á la mendicidad tal vez, al hospital para cuando enfermase, á la fosa común para cuando muriese.

—Aun faltan mil ochocientos cincuenta, agregó, para saldar el crédito: pero soy empleado del Registro Civil y gana cincuenta pesos mensuales. Abonaré cuatrocientos ochenta anuales, hasta dejar solventada la deuda. Puede usted escribir el pagaré. Lo firmaré en el acto.

El gerente tomó maquinalmente los seis mazos y contó los billetes. Luego, irreflexivamente y siguiendo el curso de sus pensamientos íntimos, preguntó:

—¿De dónde dice usted que viene este dinero?

—Comprendo, señor, repuso don Joaquín. Duda usted de mí, y cavila cómo habré podido reunir esta suma. Acaso se imagina que es parte de los fondos sustraídos; acaso halla también sospechosa mi probidad. Tiene usted razón; para todo eso da motivo la desgracia que me aflige. Es lo que más me duele...

Y al pronunciar estas palabras, el misero anciano, agotada ya la tensión de su sistema nervioso, prorrumpió en llanto desbordado.

—Señor, continuó juntando las manos con estrépito y elevándolas arriba en señal de protesta; en mi casa ha habido siempre pobreza, humildad, pero nunca mala fe, nunca falta de respeto á lo ajeno. Es lo primero que se ve, es lo primero... Por lo demás, puede usted mandar preguntar al Banco si es cierto que por orden judicial me entregó ayer esos seis mil pesos... ¿No ve usted que si no fuera honrado, no vendría á traer ese dinero? ¿No ve usted que si no lo fuese, guardaría para mí esos fondos, aun cuando fuesen fruto de un delito? ¿No ve us-

ted que nadie me obliga á dar este paso, y que he dejado el cadáver de mi hijo, y he venido hasta aquí ahogando mi dolor y bebiéndome las lágrimas, sólo por salvar el nombre de Rafael?

El jefe, conmovido por aquellas palabras, por aquel gesto y por aquellos ademanes patéticos, indescriptibles, que retrataban el estado interior de un alma recta, sencilla y hondamente perturbada, se arrepintió de haber dudado, y penetrado de la sinceridad de su interlocutor, le dijo:

—No quise decir eso, señor, usted me ha entendido mal....

—De modo que ¿no duda usted de mí?

—De ningún modo, no se atormenta usted con esas ideas. Negocio concluido.

Y se dispuso á guardar los billetes.

—Aun no he firmado el pagare, objetó don Joaquín.

—¿Cuál?

—El que he ofrecido para saldar la deuda.

El gerente había olvidado aquel detalle para él sin importancia, porque dadas las condiciones pecuniarias de don Joaquín, estimaba inútiles sus promesas de pago.

—No se necesita, repuso; basta con esto. Y señalaba los mazos.

—No, señor, insistió el anciano; permítame usted cumplir lo ofrecido. Abonaré

cuarenta pesos al mes, y en el término de cuatro años, habré acabado de pagar capital é intereses.

—¿Va usted á vivir con diez pesos mensuales?

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—Yo lo sabré. Es cosa que me incumbe.

—Permítame usted que no acepte. El almacén de "Los Puertos Unidos" es bastante poderoso para prescindir de menos de dos mil pesos sin desequilibrarse. Damos por perdonado ese pico.

Don Joaquín frunció el entrecejo y se puso rojo.

—No he venido á eso, dijo, ni acepto el perdón. Lo robado se restituye.

—¿Pero si nosotros renunciemos á nuestro derecho?

—Yo rechazo la generosidad como una ofensa; para quedar satisfecho y poder alzar la frente, necesito pagar.

—En ese caso, repuso el gerente convencido de la inutilidad de su insistencia, que sea como usted lo quiere.

—Pues hágame el favor de escribir el documento.

El gerente tomó la pluma y escribió.

—Ahora sí, exclamó el anciano al subscribir el pagare y respirando con fuerza, ya podré decansar de esta pena. ¿Me asegura usted que no se sabrá nada?

—Sí, señor, se lo aseguro.

—¿Por la salvación de su alma?

—Por la salvación de mi alma.

—Dios se lo ha de pagar... Con permiso de usted, vuelvo con mi pobre Rafael, que me espera.

Y acompañado por el principal hasta la puerta del establecimiento, salió de allí el buen anciano más pobre que nunca, y ya sin esperanzas; pero satisfecho por haber salvado de la deshonra su nombre y el de su hijo.

El principal al despedirle, ordenó en voz alta á los dependientes:

—¡Vamos! ¡A entornar las puertas y á colgar de crespón la fachada del almacén! La casa ha sufrido una gran pérdida con la muerte de su cajero.



EGOISMO TRAGICO

A RAFAEL DELGADO.